

XII domingo del tiempo ordinario

Primera lectura: Zacarías 12, 10-12

Segunda lectura: Gálatas 3, 26-29

Santo Evangelio: Lucas 9, 18-24

En la liturgia de este domingo encontramos inmediatamente una página oscura de un profeta anónimo que los estudiosos suelen llamar el **Segundo Zacarías**, que vivió muy probablemente en el siglo IV AC y cuya obra fue agregada al libro de Zacarías, profeta de los primeros años después del regreso del exilio en Babilonia (520 AC en adelante).

Sus páginas están llenas de imágenes, de símbolos y de parábolas que después se volvieron célebres desde una relectura cristiana. Entre esos símbolos sobresalen:

- La acción simbólica de buen pastor y el pastor perverso.
- Los 30 denarios recibidos como saldo por el rebaño del buen pastor.
- Al Rey - Mesías humilde que cabalga sobre un asno para traer la paz al mundo.
- Al agua que surge del templo fecundando desierto y mar.

También en el texto que se lee hoy aparece una importante imagen muy apreciada en la Tradición Cristiana: el pastor justo, traspasado, hacia el cual el rebaño rebelde se dirige y se convierte.

Israel, atravesado por la gracia logra soltar las lágrimas del arrepentimiento y llora como hace una familia destruida por la muerte de un primogénito.

Sobre esta misma escena de una manera muy sutil el evangelio de San Juan presenta la figura del Cristo crucificado y atravesado en el costado: "Un paso de la escritura que dice: 'Mirarán al que traspasaron...'" (Jn 19, 37).

Sobre esta misma escena la liturgia de este domingo extiende su narración en la versión de Lucas sobre el anuncio de la pasión de Cristo. El texto evangélico comprende tres frases en una atmósfera de oración:

- Jesús se encontraba en un lugar apartado y se puso a orar; el primer cuadro es el de la profesión de fe de Pedro. Jesús, de repente saca una pregunta fundamental que cada cristiano debería hacerse con frecuencia: ¿Quién es Jesús para nosotros?

Para la gente Jesús **NO** es una novedad absoluta, entra en una larga fila de hombres excepcionales que han llevado al mundo la Palabra Divina capaz de mover las conciencias: El Bautista, Elías y los profetas.

Por nosotros responde Pedro que indica a Jesús como el "Cristo de Dios", es decir, el consagrado en el Espíritu Divino que ofrece a la humanidad la Palabra y la presencia perfecta de Dios dentro de nuestra historia. Él es el Salvador, es la potencia liberadora de Dios que penetra como fermento en la masa fría de nuestra humanidad.

Sin embargo, la definición que Pedro da de Cristo podría tener algo de falso, pues recordemos que en esa época, el mesianismo tenía fuertes connotaciones políticas y triunfalistas. Es por este motivo que Jesús impone el silencio en torno a la profesión de fe de Pedro, porque Él la quiere iluminar con una extraña y desconcertante aclaración.

Ciertamente Jesús es el Mesías Salvador, pero un Salvador que no toma el camino del triunfo imperial, sino el de la **donación** de su propia vida por las personas amadas por salvar. Un Mesías que actúa su obra gloriosa consagrándose con la sangre y en la muerte más infame, aquel tipo de muerte reservada por el poder romano para los esclavos y los terroristas de aquel tiempo. Un profeta perfecto y definitivo que es totalmente rechazado por los responsables del anuncio de la Palabra de Dios: ancianos, sumos sacerdotes y escribas.

Llegamos así, al tercer cuadro donde las palabras van dirigidas específicamente a los discípulos que deben comprender lo exigente que es esa profesión de fe pronunciada por Pedro; seguir a Jesús significa recorrer con Él la vía dolorosa, la del "sufrir mucho". Los verbos que Jesús usa son como golpes de espada en contra de toda comodidad religiosa, en contra de todo egoísmo espiritual, contra todo buen sentido superficial: negarse a sí mismo, tomar la cruz, perder la vida... **Una donación radical que se vuelve fuente de salvación y de gloria.**

Es interesante señalar un detalle que revela el modo con el cual Lucas ha **encarnado** la Palabra de Jesús para la comunidad de sus lectores; la frase "*Tomar la cruz*" presente en Mateo recibe en Lucas un pequeño pero sugestivo particular cuando le agrega "su cruz **decada día...**"

Esto indica que más allá del martirio tiene que haber una donación talvez menos notoria pero sí continua y sacrificada, la donación en la **cotidianidad** de la vida. La adhesión a la vía de la cruz pasa a través de horas y días, a través de obras simples, a través de la fidelidad escondida pero continua. También al final de la parábola del sembrador presentada por Lucas se dice que "*la semilla caída en tierra buena, son aquellos que después de haber escuchado la Palabra con corazón bueno y perfecto, la guardan y producen fruto con su perseverancia*" (Lc 8,15).

Sin embargo, el sufrimiento de Cristo y la fatiga diaria del cristiano no son una pesadilla sin final; el cristianismo no es un camino masoquista que incita a un sufrimiento absoluto; los

verbos que concluyen son luminosos: "Resucitar" y "Salvarse". El horizonte que el dolor y la fidelidad cristiana abren, sigue abierto hasta la liberación y la salvación.